

Cuentos y cuentistas

W. Somerset Maugham: El insigne chismoso

Este autor británico, nacido en París en 1874 y muerto en su villa de la Riviera en 1965, es poco leído en la actualidad aunque marcó una época. Suele ser recordado por sus grandes novelas de éxito (*Servidumbre humana*, 1915; *La luna y seis peniques*, 1919; *El filo de la navaja*, 1944) o bien por sus escándalos íntimos (menos ruidosos que los de Oscar Wilde, pero igual le amargaron la vida), más que por el resto de su obra; no obstante Maugham fue uno de los cuentistas mayores de la primera mitad de siglo XX. Nadie como él llenó medio siglo con su narrativa limpia, clara y eficaz, mordaz siempre y tierna a ratos, desgarrada, intensa, jamás torpe. En esta prosa suya, que muchos críticos desdeñaron por su sencillez, por su odio al rebuscamiento del lenguaje, por su preferencia por lo coloquial, se han inspirado muchos escritores cansados de la dictadura de los snobs: esos amantes del sufrimiento en literatura. En otras palabras, lo descalificaron los hooligans de la experimentación literaria y los enterradores del placer de la lectura. Pero fue adorado por los lectores.

Se puede decir que W. Somerset Maugham no fue propiamente un “escritor” de cuentos. Fue más bien un “relator” de cuentos, un conversador aventajado que, conociendo su talento para hipnotizar a un auditorio, aprovechó de esa capacidad compartida con el mago, el bufón o el juglar, para crear un estilo que aúna dos elementos a mi juicio claves: la observación de las personas y la búsqueda de una fría objetividad respecto a sus comportamientos.¹ Es cierto que esto puede sonar un tanto obsceno dada la enseñanza que nuestros profesores nos han impartido respecto a que tal cosa no existe: somos subjetividad hecha carne. Pero Maugham poseía además dos características personales singulares (y aquí tenemos al personaje perfilándose con más claridad): era médico de profesión (aunque apenas ejerció para abocarse a su pasión, la escritura) y un viajero contumaz. Ambas cosas aportan distancia y escepticismo.

No hubo novela, pieza de teatro o cuento que Maugham escribió que no estuviera fundada en su propia experiencia personal, en seres que conoció o amó, en lugares que

¹ Maugham era tartamudo y eso lo hizo sufrir, sobre todo en su niñez. Algunos estudiosos han sugerido que este defecto explica su firme concepto del ritmo narrativo.

disfrutó o detestó. Por alguna razón absurda, que él mismo se encargó de ironizar, fue enviado como espía a Rusia, para saber en qué andaban los bolcheviques y, si era posible, detener la revolución. No lo hizo nada de bien en su cometido. Pero el resultado literario fue una colección de cuentos titulada *Ashenden* (1928), por el nombre de su protagonista.² Se trata de un hito del género de espionaje, marcando todo un estilo que ennobleció a un género que ha dado una pléyade de maestros en la literatura británica (de John Le Carré a Ian Fleming). *Ashenden* constituye, por otro lado, un puñado de cuentos tan denso, envolvente y entrelazado, y es tan potente la presencia del carácter principal, que uno cree estar leyendo una novela, de tan imantado que se siente al embarcarse en el libro.



Cada cuento de Somerset Maugham (publicó en vida 13 volúmenes) va directo con la narración. No se detiene en circunloquios, no especula ni pontifica (hablando en general, claro: por ahí de repente no puede evitar filosofar), ni tampoco recurre al suspenso o a otros trucos narrativos. Frases cortas, lenguaje corriente, temas interesantes, situaciones límites.³ He allí su secreto. Se puede tomar, por ejemplo, una de sus obras maestras, “Lluvia” (1921), donde trata de un misionero que va a las islas del Pacífico a

² Tal vez importe señalar que con frecuencia los títulos de las traducciones al castellano difieren, por lo que este libro se titula *Contraespionaje* en algunas ediciones.

³ Para placer de nuestros lectores, he incluido un minicuento de Maugham que no existe en ninguna colección o antología, sino que es un testimonio de su sobrino Robin, autor de una biografía del autor.

convertir a los nativos, a enseñarles los mandamientos cristianos e introducir en sus mentes primitivas el concepto de pecado, y que termina enredándose con una prostituta y autodestruyéndose al no poder asumir sus contradicciones. Tal como un cirujano, el autor nos conduce por la mente retorcida del clérigo. A Maugham no le interesaba la religión, sino los religiosos. Pero también hay su cuota de rencor. En la que es tal vez su mejor novela, *Cakes and Ale* (traducida al castellano con el título de *Rosie*), Maugham relata por medio de uno de sus personajes (aparecen tres escritores) sus sufrimientos de cuando siendo un niño noble pero sin recursos, debió vivir con un severo y arribista tío, pastor anglicano.

A pesar de haber sido el autor de moda y mejor pagado en los años 30 (transformó sus ganancias en obras de arte), a Maugham le fue esquivo el reconocimiento artístico.⁴ Le pegaron el mote de autor de segunda fila y allí se quedó por muchos años. Por razones familiares hubo de vivir en Francia, y su idioma fue, para él, anterior al inglés. Así conoció y apreció la obra de Maupassant, el cuentista por antonomasia de las letras francesas, su reconocida influencia mayor. Ese estilo realista, derivado de Flaubert, fue sin duda una novedad en las a veces pesadas letras inglesas del fin de la era victoriana. Maugham fue también un gran lector, en seis idiomas (incluido el castellano), y escribió bellos libros autobiográficos, donde se analiza a sí mismo despiadadamente... y de paso le da en la madre a sus detractores.



⁴ El cuadro de Toulouse-Lautrec que aparece más adelante perteneció a su colección.

Por los años 60 la Editorial Plaza & Janés produjo en España un volumen de sus cuentos completos en traducción. Sumergirse allí es una de las más fascinantes aventuras en el espectáculo de la pericia y el placer de narrar; pero también todo un paseo por la sociedad y la cultura de la primera mitad del siglo XX. W. Somerset Maugham nunca eludió la polémica, y si había que pelear, adelante. Hasta en los títulos se batía y pegaba. Una colección se titula *Primera Persona Singular* (1931), para así reírse de algún comentario que se refirió a su tendencia a hacer del narrador un protagonista. Cuando el diario de *The Times* lo vapuleó comentando que el autor se repetía, repitió una frase del periódico para titular su siguiente colección *Lo mismo de siempre* (1940). Reflejando su malhumor, otras colecciones de relatos se titularon *Cuarteto* (1948), *Trío* (1950) y *Encore* (1952). Se enemistó con colegas escritores, y fue satirizado con saña en novelas, cuentos y piezas teatrales.

Si se trata de minicuentos, no hay que dejar de leer una obra fascinante titulada *En un biombo chino* (1922), libro-calidoscopio, producto de un viaje y donde hay de todo, desde esbozos de análisis político a chistes orientales, desde cuentos de ingleses degradados al registro de misterios insondables. Y así con las otras recolecciones, marcadas por la tolerancia racial y el respeto a las culturas diferentes. Hay en W. Somerset Maugham una notable coherencia en la forma de relatar, y serán solamente las vicisitudes de la existencia, el envejecimiento y las desilusiones, las que marcarán el carácter de un cuento de su juventud o de su madurez. Pero nosotros, lectores hedonistas, nunca dejaremos de hallar en ellos a un autor admirable de las letras modernas y a un personaje que fue siempre fiel a su afán por gozar la vida plenamente, hasta el último de sus noventa años de prolífica creación literaria y apasionado amor a la belleza.

Bartolomé Leal

Había un banquero europeo...
(Narración de W. Somerset Maugham)

Había un banquero europeo que estaba amigado con un japonés de dieciocho años. El muchacho lo quería, y vivían juntos. Pero sus relaciones produjeron tal escándalo que los empleados del banquero le dijeron a éste que debía romper para siempre con su amigo. El banquero se lo comunicó al muchacho y lo invitó a una cena de despedida. Después de cenar fueron al piso del banquero. El muchacho le preguntó: “¿Es seguro que tenemos que separarnos?” “Sí”, respondió el europeo. “¿Para siempre?”, volvió a preguntar el joven. “Me temo que sí”. Entonces el muchacho sacó un cuchillo y se suicidó hundiéndoselo en el estómago... ¿No era eso verdadero amor?

**(recogido oralmente por Robin Maugham en
W. Somerset Maugham y todos los Maugham, 1966)**

